

LA MUJER DE GUIPÚZCOA

EN EL CULTIVO DE LAS LETRAS.



Nunca ha sido grande el número de escritoras guipuzcoanas, mas no ciertamente por incapacidad artística. La mujer guipuzcoana sabe sentir hondo y pensar con rectitud, y no le son extraños, sino por el contrario familiares, ensueños y aspiraciones que se alimentan de los esplendores de lo ideal. Las nieblas casi perpétuas, que sólo á ratos dejan brillar al sol haciendo desear y amar con más fuerza sus vívidos destellos, infunden en el ánimo vagas inquietudes, anhelos de un mundo mejor, suavísimas y poéticas tristezas atenuadas y ennoblecidas por esperanzas inmortales. En un país donde las nieblas son tan mudables y caprichosas como en el nuestro, donde los accidentes del paisaje, la infinita variedad de matices de que la naturaleza se reviste, tienen un encanto inefable y á toda alma algo activa ó ambiciosa hablan de la grandeza sin limites de un Supremo Ordenador que ha sabido crear tantas y tan exquisitas bellezas, el espíritu de la mujer no puede ser extraño á los purísimos goces del arte. Y Guipúzcoa no habia de ser excepción de esta regla, y no lo es en verdad. Las singulares disposiciones de la mujer guipuzcoana para el cultivo del arte musical, son prueba irrefragable de lo que venimos afirmando. El instinto músico es en Guipúzcoa como innato: parece que las brisas de nuestros montes, y el susurrar de las auras que acarician los árboles de nuestras selvas, y el murmurar de los arroyos que serpentean por entre los valles guipuzcoanos, y el cantar de los pájaros que pueblan nuestras umbrías arboledas han depositado en el alma de la guipuzcoana, acostumbrada á escuchar desde su infancia tales armonías, el germen de

la música, haciéndola extraordinariamente apta para penetrar é interpretar las vagarosas é indefinidas bellezas del arte de Orfeo.

Por todo ello, no hay que achacar á incapacidad artística la escasez de escritoras guipuzcoanas. La causa de esta escasez hay que buscarla en otra parte: v. g. en el medio social, en la carencia de grandes centros de cultura literaria, hasta en las mismas relevantes dotes de la mujer guipuzcoana para administradora de la sociedad doméstica, porque atareada en las labores honradas y enaltecedoras del hogar, no podrá consagrarse á otras ocupaciones más amenas seguramente, pero también ménos importantes, ménos trascendentales y ménos imprescindibles en el orden de la vida.

La pobreza del suelo engendra, por regla general, en quienes lo habitan, alientos de heroísmo é instintos de ahorro y de economía. Así ha ocurrido en nuestra tierra. Su casi esterilidad ha obligado al hombre á ganarse el pan mediante costosísimos esfuerzos. La historia de nuestros siglos medios lo atestigua, refiriendo las hazañas así increíbles de los audacísimos navegantes que salían de las costas guipuzcoanas á arrancar al mar algo de sus tesoros, ya que la tierra, dura de suyo, ingrata é improductiva, se los negaba. Y así como esa pobreza del suelo obligaba á los hombres, ó los impulsaba cuando ménos poderosamente, al heroísmo, así también inclinaba á la mujer al ahorro, á la economía, á la buena administración de aquello que tan á duras penas se adquirió, completándose así las aptitudes del hombre y de la mujer, y formando un hermoso concierto, semejante á la provechosa y dulce armonía que se hace en la música con diversas cuerdas, para valernos del símil que usa Fray Luis de León en ese modesto y exquisito joyel literario que se intitula *La perfecta casada*.

Hay también otra razón que ha influido grandemente en la escasez de mujeres guipuzcoanas dedicadas á trabajos literarios. Por varias y complejas causas, que no es esta ocasión de detallar, la lengua privativa de los nacidos en Guipúzcoa, aquella que, entre arrullos y caricias, aprendieron en el regazo materno, y aquella, por consiguiente, en que únicamente pueden expresarse sin nubes que los empañen los sentimientos más íntimos del corazón, ha carecido hasta época reciente de un campo de literatura. Alguno que otro amante de las tradiciones patrias la cultivó, pero solo por afición individual, por noble apego á lo que constituía la nota más singular y característica de su raza y gente. Las voces de tales cultivadores del bascuence, como

eran solitarias y aisladas, se perdían en el vacío, y no podían contribuir á crear un medio social en que se aspirase, por decirlo así, el amor á la lengua bascongada y el deseo de cultivarla literariamente.

Y como el libre ejercicio de las facultades humanas está limitado por mil circunstancias que lo modifican y condicionan, no siendo las menos importantes de ellas la educación que se haya recibido y la atmósfera social en que se viva, la mujer guipuzcoana, atenta siempre á ser la guarda de la casa, y no acostumbrada á servirse del bascuence más que para casos puramente domésticos y vulgares, no podía, sin penetrar, sea por estudio, sea por intuición, las entrañas de ese idioma, que era el idioma en que pensaba, trasladar al papel las voces misteriosas del corazón, los mil vagos é indefinibles rumores que allá en lo más recóndito del alma se perciben, todo aquello, en fin, que constituye la mejor porción de los libros escritos por manos de mujer, los cuales se distinguen siempre por cierta singular delicadeza, por cierta poética y elevada ingenuidad con que traducen en palabras escritas lo que el gran poeta italiano llamó

il parlar che nell' anima si sente.

Pretender que la mujer guipuzcoana escribiese esos libros en otra lengua que la bascongada, era también un imposible. Para ello había de someter sus concepciones á previa traducción mental, que fácilmente se transparenta en el estilo, haciéndolo más atado, más obscuro y ménos preciso. Difícilmente dará con la expresión única de lo que siente quien no escribe en la lengua de su cuna, y necesitan hallar esa expresión única los libros que nacen casi exclusivamente de nuestras facultades afectivas, como ocurre, salvo raras excepciones, con los libros que debemos á la mujer.

La de Guipúzcoa, si había de escribir sus libros en castellano, había indispensablemente de acostumbrarse á pensar en esa lengua, y para ello le era menester alejarse de las montañas euskaras, llevar largos años de residencia en países en que el uso del idioma de Cervantes fuera familiar y corriente, vivir en una atmósfera literaria para limpiarle de los malos resabios adquiridos en sus años infantiles, en que aprendió á hablar una jerga especial, formada por palabras castellanas enlazadas con sujeción á la sintáxis del bascuence.

Quien se halló en tales condiciones, no desmintió la capacidad intelectual y artística de su raza. Sirva de ejemplo aquella admirable y doctísima mujer del siglo XVII, que en el mundo se llamó Juana Inés

de Asbaje, y en el claustro Sor Juana Inés de la Cruz, más conocida por el dictado de Monja de Mexico. De México fué en efecto natural, y allí vivió, y allí se desarrolló su excepcional inteligencia, pero guipuzcoano era su padre, y no es difícil discernir lo que la *décima musa*, como la llamaron sus contemporáneos, debió á la sangre paterna, de que ella justamente se ufanaba, según lo revela su dominio del bascuence y las palabras bascongadas que á manera de estribillo rematan todas las estrofas de unos villancicos muy donosos que dedicó á la Virgen María. Honra fué de su sexo aquella inteligentísima mujer; y no solo honra, sino defensora entusiasta. Bien puede el sexo débil contar en el número de sus más esclarecidas y simpáticas apolo-gistas á la que, con brío y desenfado sin igual, y con lógica verdaderamente irresistible contestó á ciertas acusaciones no muy fundadas de los hombres, en los términos que pueden verse por las siguientes redondillas:

Hombres necios, que acusais

A la mujer sin razón,

Sin ver que sois la ocasión

De lo mismo que culpais

.

Parecer quiere el denuedo

De vuestro parecer loco,

Al niño que pone el coco,

Y luego le tiene miedo

.

Con el favor y el desdén

Teneis condición igual,

Quejándoos, si os tratan mal,

Burlándoos, si os tratan bien.

.

Pues ¿para qué os espantais

De la culpa que teneis?

Queredlas cual las hacéis,

O hacedlas cual las buscáis.

.

Tuvo Sor Juana Inés de la Cruz la ambición de todo saber, y una fuerza de voluntad extraordinaria para obligarse, por medio de privaciones que necesariamente habian de serle duras y costosas, á estu-

diar con ahinco y provecho y extender cada día el círculo de sus conocimientos. Si nos fijamos en las diversas influencias que encarrilaron las nativas disposiciones que atesoró tan insigne escritora, no será aventurado descubrir los frutos de la herencia paterna en aquella tenacidad incontrastable, en aquella constancia verdaderamente diamantina con que ponía por obra sus propósitos. Nota es esta característica de la raza bascongada, cuyo temple de alma es por lo común tal, que antes se quiebra que se tuerce. Y tampoco nos parece temerario atribuir á esta misma influencia de la sangre paterna el espíritu, hasta cierto punto asombroso, que, dentro del campo de las letras divinas y humanas, distinguió á la *Morja de México*. Este espíritu aventurero es muy propio de la gente bascongada, aún cuando á primera vista parece que debiera de ser incompatible con su profundo sentido de la realidad que desde luego se manifiesta como uno de los aspectos más inconfundibles del carácter euskalduna. Guipuzcoana ha habido que fué singularísima aventurera, inmortalizada por la leyenda que ya en vida suya se formó, siendo hoy difícil, por no decir imposible, señalar lo que es verdadera historia en ella, y lo que no es. Esta aventurera á que nos referimos no es otra que la famosa Catalina Erauso, más conocida por la *Morja Alferes*, émula de los más bravos militares en valor y denuedo, despreciadora del peligro, hecha á vivir la dura vida de campaña. Por más noble manera, y con dotes incomparablemente más altas y civilizadoras, aventurera fué también Sor Juana Inés de la Cruz, pero aventurera de las letras, en cuyo inmenso campo no quedó porción que ella no cultivase con afín indeficiente, con pasión ardiente y generosa. Emula fué también de los hombres, pero no en el valor militar, impropio á todas luces de las delicadezas y ternuras femeniles, sino en algo que tiene más precio: en las dotes del entendimiento, en la solidez y extensión de su saber, adquirido, merced no solo á brillantísimas facultades naturales, sino á hábitos ya arraigados de austera disciplina intelectual. Y no le faltó tampoco el valor personal cuando se lo exigió la caridad, que fué el sentimiento que absorbió por completo los últimos años de su vida, coronada por la más noble de las muertes, pues falleció apestada, asistiendo en una epidemia á sus hermanas enfermas.

¡Gloria será siempre de Guipúzcoa la hija del vergarés Asbaje, pues aun cuando ella viera la luz de la vida en Mexico, y á la exuberancia del suelo americano corresponda la riqueza de su fantasía, y al

ambiente social en que se educaba, los resabios de mal gusto de que adolecen sus escritos, como pensados y publicados durante el reinado de Carlos II, de infelicísima memoria para las letras amenas, nosotros podemos reclamar una parte, y quizá no la ménos interesante, ni la ménos gloriosa de aquella simpática escritora, que, si no olvidó la raza de que provenía, y la lengua propia de esta raza, tampoco dejó de heredar las aficiones musicales que son como inseparables de los hijos de Aitor, siendo de ello demostración cumplida la colección de instrumentos músicos de que se privó en beneficio de los pobres cuando, con piadoso vigor y desprecio de la honra temporal y mundana, renunció á todo lo que habia sido ilusión, encanto y alegría de su vida, sin reservarse, como ella decia, más que unos libricos de devoción!

Nos hemos detenido en la conmemoración de los timbres honrosos de Sor Juana Inés de la Cruz, porque suelen por lo común, pasar inadvertidos á la diligencia de los rebuscadores de glorias euskaras, entre las cuales puede y debe contarse la ilustre religiosa, que supo reunir en torno suyo á todo lo que de más valioso tenian las letras en la culta capital de Nueva-España, donde la influencia de los bascongados en el desarrollo de la cultura y del saber fué más honda de lo que generalmente se cree y piensa por los dedicados al estudio de esta clase de asuntos.

No se trata aquí de un minucioso trabajo de investigación, ni de una reseña circunstanciada y completa de escritoras guipuzcoanas. Por ello pasamos por alto varios nombres que en otro caso pudieran recordarse, y no nos fijamos en obras de enseñanza en que con más ó ménos tino y belleza de ejecución, se exponen conocimientos de diversa índole, y se trazan las reglas que se juzgan más idóneas para llegar á poseer tales conocimientos. Entendemos por obras literarias las que por tales se entienden en la acepción más restricta de la palabra, esto es, aquellas en que el arte prepondera y el fin utilitario está subordinado al fin estético.

CARMELO DE ECHEGARAY.

(Se concluirá)



LA MUJER DE GUIPÚZCOA

EL CULTIVO DE LAS LETRAS.



(CONCLUSION)

Y entre las cultivadoras de este arte literario, son dignas de mención dos modestas escritoras que se han asociado al florecimiento novísimo de las letras bascongadas, alcanzando lauros honrosos en certámenes públicos.

Es una de ellas D.^a Francisca Ignacia de Arrúe, que después de haberse presentado con dotes innegables á disputar en noble concurso el premio ofrecido al autor de la mejor leyenda bascongada escrita en prosa, ha vuelto al retiro de su hogar, sin que de ella se conozca otro trabajo que el laureado con mención honorífica en uno de los certámenes organizados por el Consistorio de Juegos florales de San Sebastián.

Estaba escrita la leyenda de D.^a Francisca Ignacia de Arrúe en gallarda prosa bascongada; y aun cuando el asunto era por demás inverosímil y se basaba en fábulas que há tiempo están mandadas retirar por la crítica histórica, entendié el jurado calificador de los trabajos de aquel certámen que, dejando al autor la responsabilidad de las inexactitudes y errores históricos en que incurría, bien merecía la traductora—que, como tal, se presentaba D.^a Francisca Ignacia de Arrúe—alguna recompensa que revelase la satisfacción con que el Jurado había visto aquella soltura y dominio que la modesta escritora demostraba en el manejo de la prosa bascongada, en la cual podía disputar la palma á los más reputados maestros. Fué aquella una revela-

ción, un verdadero descubrimiento; pues nadie, que sepamos, tenía noticia de que en D.^a Francisca Ignacia de Arrúe contaba la lengua bascongada con una de sus cultivadoras más discretas y más poseedoras de los secretos del idioma. Toda lengua encierra en sus entrañas, como la tierra, tesoros y preciosidades que solamente pueden conocerse á fuerza de constancia y de labor infatigable, ó por una especie de intuición maravillosa. Y algo de esto tuvo la escritora á quien nos referimos. Si lo primero, ahincado y sério fué el estudio que hizo de la lengua bascongada: si lo segundo, bien puede agradecer al Cielo los dones con que le favoreció. Porque D.^a Francisca Ignacia de Arrúe es de quienes más á la perfección manejan la prosa bascongada, no solo por el sabor castizo y la acertada elección de las palabras, sino por algo que importa y vale mucho más: por los giros, por la trabazón, por la manera como se enlazan unas con otras las oraciones, por aquello, en fin, que constituye la índole y el génio del idioma.

Aquella leyenda es la única muestra de las facultades que para el cultivo de las letras bascongadas, atesora la señora Arrúe. Corta muestra es, ciertamente, pero no por eso ménos brillante. ¡Lástima grande que el silencio á que espontáneamente se ha condenado una escritora que comenzó su carrera bajo tan felices auspicios, prive á las letras bascongadas de una cultivadora que pudiera honrarlas y las honraría seguramente, si aplicara sus dotes, que no son escasas, á la producción de buena prosa!

De todos modos, quien como la señora Arrúe ha demostrado, si quiera sea en un solo momento de su vida, su capacidad para las tareas nobles y civilizadoras de las letras, bien merece un recuerdo cuando se trate de conmemorar los timbres alcanzados por la mujer guipuzcoana en el arte de escribir. Y son tanto más de apreciar los méritos literarios de la señora Arrúe, cuanto que es escasísimo el número de buenos traductores con que cuenta la prosa bascongada. Es tan honda y radical la diferencia que existe entre la lengua bascongada y las modernas lenguas neo-latinas, tan diversa la índole de una y otras, tan difícil de expresar en bascuence lo que primeramente se pensó en castellano ó en otro cualquiera de los idiomas modernos, que solo quien ha tenido que dedicarse alguna vez á labor tan ingrata y enojosa, puede estimar debidamente la gravedad de los obstáculos que necesita vencer y las aptitudes nada comunes que revela quien sabe verter en lozana, suelta y naturalísima prosa bascongada lo que

originariamente se concibió en un habla distinta dei habla de Aitor. Y la señora Arrúe, si hemos de atenernos á lo que de ella conoce el público, ha sabido realizar esa obra sin esfuerzo aparente, ocultándolo, si lo hubo, con la virtud mágica del arte.

Esta misma destreza de la señora Arrúe en el manejo del bascuence, corrobora las opiniones que sustentamos á los comienzos del presente escrito, cuando atribuimos, en parte, á la carencia de un cuerpo de literatura bascongada la escasez de escritoras guipuzcoanas. Así como el novísimo despertar de las letras euskaras ha sido motivo para que D.^a Francisca Ignacia de Arrúe revelára su aptitud para las generosas empresas literarias, así también seguramente hubiéramos podido apreciar las facultades intelectuales y artísticas de otras guipuzcoanas de antaño, si hubieran contado para la expresión de su sentir con un instrumento dócil y maleable, amoldado ya por un cultivo continuo é inteligente, á la manifestación de los secretos más inefables y misteriosos del corazón humano.

Rosario Artola, que es la otra escritora á que más arriba aludimos, pertenece á una familia en quien es como hereditaria la afición á la lengua bascongada, cultivada por los Artolas con inteligente asiduidad. Rosario, inspirada sin duda por algún númen doméstico, ha escrito no pocas fábulas lindas y bien intencionadas, pero que, con todo, quedan por bajo de la originalidad, del espíritu de observación, de la agudeza y del sentido práctico que distinguen á las de su padre. Es que la fábula, por su mismo carácter prosáico, por la maliciosa socarronería que ocultá bajo apariencias candorosas, es de los géneros literarios ménos adecuados al ingenio de la mujer. Un género de apólogo hay en que la mujer puede hacer verdaderos prodigios, y es el apólogo infantil, pues allí la condición angelical de los protagonistas, la delicadeza casi celestial de todo lo que con el alma dei niño se relaciona, y los tesoros inmensos de ternura que se encierran en el corazón de una madre, pueden levantar y ennoblecer el asunto, y bañarlo en torrentes de poética y encantadora luz.

Pero no hay que buscar lo mejor del ingenio de Rosario Artola en sus fábulas, con ser estas muy superiores á las de otra mujer bizcaina de nacimiento, que á principios de este siglo se dedicó también al apólogo en bascuence. Era esta mujer D.^a Vicenta Moguel y Elguezabal, vulgarmente llamada la filósofa, más docta indudablemente que Rosario Artola, pero también mucho ménos original y sincera,

pues sus fábulas vienen á ser traducción más ó ménos feliz de las que desde Esopo han ido transmitiéndose de generación en generación, y de pueblo en pueblo, y están escritas en prosa, circunstancia que, en nuestro concepto, las hace desmerecer, porque la forma poética tiene en la fábula una grandísima importancia como medio mnemotécnico, á fin de grabar más fácil y profundamente en la memoria del lector las moralidades y sentencias que constituyen el nervio y el objeto del apólogo. Las fábulas de Rosario Artola están todas escritas en verso, y responden á observaciones propias, y á la manera personal con que ella interpreta y entiende la realidad.

Mas ya lo hemos dicho: no hay que buscar en sus fábulas la parte más noble y relevante del ingenio de Rosario Artola. La fábula es de suyo poco adecuada para la expresión de sentimientos íntimos y personales. Allí la fisonomía moral de quien la escribe se oculta bajo máscaras diversas, no como en la verdadera poesía lírica, en que un alma se nos manifiesta con tanta mayor y más absoluta y perfecta sinceridad cuanto mayor sea la belleza de la poesía.

Para conocer á Rosario Artola como escritora, no bastan sus fábulas, dignas ciertamente de figurar al lado de las de su popular hermano Pepe: para conocerla mejor, se necesita leer y saborear la tierna y sentida composición que dedicó á su guitarra, compañera por lo visto, cuando no sugeridora de sus inspiraciones. La sencillez, la ausencia de toda afectación con que está escrita aquella modestísima poesía la hace más simpática y aumenta su valor literario. No la lea quien busque brillantesces de color, y oropeles de retóricos adornos. Aquella es sencilla y humilde como la violeta, y sólo como la violeta brilla: en dulce obscuridad. Nada más lejano de la pompa de la dicción: nada más lejano tampoco de la fascinadora sucesión de imágenes deslumbrantes: pero nada más propio del corazón sensible de la mujer. Podría reprocharse algún prosaísmo, algún verso más ó ménos flojo, pero bien compensados están esos defectos con el candor y la sinceridad que resplandecen en aquella dulce poesía, flor embellecida por el rocío fecundante de la emoción artística.

Mas tampoco es esta la más preciada, á nuestro juicio, entre las poesías que han nacido del corazón de Rosario Artola. Si los mejores versos son, como decía Joubert, aquellos que se exhalan como sonidos ó como aromas, aquellos que llevan impreso el calor y la humedad del aliento del alma, los mejores entre todos los versos de Rosa-

rio son los bellísimos que le ha sugerido la devoción á la Madre de Dios. Pocos asuntos, ninguno acaso más á propósito para despertar y avivar la inspiración de la mujer, que debe á María todas sus grandezas morales, y en María cifra y simboliza la representación de las glorias del sexo femenino. «María sola, como dice Juan Pablo Richter en su *Introducción á la Estética*, es la que infunde á todas las mujeres la nobleza romántica: la elevación del alma era una flor del Cristianismo: el espíritu caballeresco y las cruzadas no son las raíces, sino los retoños del espíritu cristiano.» Decir que son retoños del espíritu cristiano es tanto como decir que necesitan del rocío de las lágrimas de María para florecer, y esparcir en torno aromas regalados. Por eso, la mujer cristiana, que no olvida lo que debe á la Virgen María, tiene á gala dedicar á la Madre del Amor Hermoso lo mejor de su ingenio, las primicias de su numen, los acentos más inspirados de su lira. Todo es ternura y delicadeza el corazón de la mujer; y nada hay que excite esa ternura y esa delicadeza exquisita más vivamente que la belleza incomparable de la Madre dei Verbo, que á la vez que Madre de Dios es Madre de los hombres, y Madre llena de misericordia inagotable y de sin igual amor. Estrella de la mañana, rosa mística, puerta dei Cielo, salud de los enfermos, consuelo de los afligidos, refugio de los pecadores, la llama diariamente el pueblo cristiano en la letanía lauretana, y la mujer bascongada, que si de algo se enorgullece, es de ser fidelísima á las enseñanzas y prácticas del Cristianismo, habia de asociarse con júbilo á todas estas demostraciones de amor filial que María viene recibiendo de las almas redimidas por la Sangre de su Divino Hijo. Rosario Artola ha cantado las excelencias de la Reina de cielos y tierra, con inimitable ingenuidad, con dulce y confiado abandono, con aquel humilde recogimiento con que deben cantarse las maravillosas grandezas de la más privilegiada de las criaturas. Poesías como esa no se escriben con el ingenio, por grande que sea: se escriben con el corazón. Quien no ama de veras á la Virgen María, quien no deposita en Ella toda su confianza, no puede mostrarle su alma con la encantadora sencillez con que se la muestra Rosario Artola. Y como no hay en poesía nada más perfecto que lo más natural, sencillo y espontáneo, tampoco tiene Rosario ninguna composición en que el verso sea más rotundo y cadencioso y más seguro el instinto de la armonía.

Mucho podemos esperar todavía del ingenio de Rosario Artola:

joven es, y como tal, no le faltarán aspiraciones generosas y levantadas, ensueños ideales, y lo que está muy por cima de todo esto, ternuras exquisitas y anhelos místicos que traen como un sabor anticipado de la gloria y hacen gustar al alma los encantos inefables del bien. En el inmenso horizonte de las letras hay dos direcciones que convienen especialmente al ingenio y al corazón de la mujer: la literatura infantil y la literatura mística. ¿Quién sabe lo que en uno ú otro de estos géneros puede producir todavía el estro de Rosario Artola? Cuenta desde luego con una ventaja inapreciable para sobresalir en cualquiera rama de la literatura bascongada. Desde niña ha aspirado el bascuence; lo ha heredado en cierta manera con la sangre; lo ha escuchado siempre en el hogar doméstico; lo ha tenido y lo tiene como cosa de altísima importancia, pues que ha visto á su padre emplear largas y penosas vigiliias en el cultivo de ese idioma, y ella creará sin duda como buena hija que no puede un padre tan honrado y ejemplar como el suyo, malgastar el tiempo desconsideradamente en el estudio de lo que no tiene en sí valor ninguno.

No es copioso el caudal literario que Guipúzcoa puede ostentar como fruto de la laboriosidad é inspiración de sus hijas; pero si no es copioso, es puro y regenerador como el agua cristalina de sus montañas. Las escritoras que han nacido en el suelo guipuzcoano no aspirarán á resolver problemas sociales, ni á plantear pavorosos conflictos domésticos, ni á relatar escenas vigorosamente dramáticas, ni á impulsar por nuevos senderos á las sociedades. Pero su papel, si es más modesto, es más simpático también. Ellas recuerdan con una mujer de extraordinaria sensibilidad y delicadeza, con Mad. Swetchine, que nada hay que acerque tanto al genio como la virtud de admirarle; y como en su embelesadora sencillez, nunca se han creído criaturas excepcionales, ni genios llamados á ser antorchas de la humanidad, se contentan, y hacen bien, con tener la virtud de admirar á los héroes del saber y de venerar á los héroes de la caridad. No hay palabra de escritora guipuzcoana que pueda interpretarse como alabanza del vicio ó como vituperio de la virtud. Ellas han tenido la dicha de cumplir al pie de la letra el hermoso programa de Manzoni:

*Non far tregua coi vili: il santo Vero
Mai non tradir: ne proferir mai verbo,
Che plauda al vizio ó la virtù derida.¹*

(1) A. Manzoni. In morte di Carlo Imbonati.

Así, en efecto, se ha conducido la mujer guipuzcoana cuando se ha dedicado al cultivo de las letras. Jamás ha firmado treguas con la vileza, con el rebajamiento moral, con la corrupción de costumbres; jamás ha hecho traición á la santa Verdad, ni la ha vendido á impostores de ninguna especie; jamás ha proferido palabra que pueda arrastrar á las almas por malos senderos, ó hacer amable el vicio y despreciable la virtud. Por eso han merecido y merecerán el aplauso de todos los espíritus generosos que en el cultivo de las letras ven algo más que un pasatiempo, y creen con César Cantú, «que el fondo del talento literario no debe ser la fantasía, sino el buen sentido, la inteligencia enriquecida por felices expresiones y regulada indeclinablemente por la lógica; y que la poesía no solo es arte, sino verdad creida, reflexión del ser humano sobre sí mismo, vida del sentimiento, que atiende no tanto á hacer dijes con diamantes que otros pulieron y abrillantaron, sino á buscar la verdad, á proponerse un ideal conforme á los pensamientos universales y á los especiales de lugar y tiempo, á no levantar solo la cabeza, sino mover el corazón, y convertirse en poderosísimo instrumento de educación moral, de benevolencia, de generosidad, y de justa rectitud que sobre la fuerza y la astucia prevalece.»¹

Mas con todo esto, no son los timbres literarios los que más honran y enaltecen á la mujer guipuzcoana. Si ella por regla general no escribe para el público, sabe inspirar á los que escriben, alentarlos con su aquiescencia cuando piensan rectamente, mostrarles en la práctica los encantos incomparables de la virtud. El papel de la mujer guipuzcoana en la sociedad es, para valernos de una bellísima frase del ilustre Ozanam, semejante á la misión de los ángeles de la guarda: influye poderosamente en la marcha de la humanidad, pero permaneciendo oculta é invisible á las curiosas miradas del público indiscreto. La grandeza de la mujer guipuzcoana se muestra en el hogar doméstico, en la educación de sus hijos, en ser lazo de unión, centro y eje de la familia. Más que las más esplendorosas coronas literarias, seduce á la guipuzcoana la diadema de reina del hogar, de soberana de la sociedad doméstica, donde impera y triunfa por la fuerza verdaderamente irresistible de la dulzura y del amor. Si no aspira por lo común á adquirir renombre imperecedero en el cultivo de las letras,

(1) Monti e l' eta che fu sua, di Cesare Cantú.

ambiciona algo que, con ser ménos aparatoso, es más transcendental y hasta más grande: quiere llegar á ser la mujer fuerte del libro divino de los *Proverbios*, ó la amante esposa del *Cantar de los Cantares*, ó la flor humilde y rica de celestial fragancia que crece en el huerto cerrado de las vírgenes consagradas al Cordero de Dios que quita los pecados del mundo.

CARMELO DE ECHEGARAY.

CASAS SOLARIEGAS DE SAN SEBASTIAN Y SUS ALREDEDORES



A la manera de los derruidos monumentos cuyas ruinas aún sobreviven á los tiempos en Roma, Grecia, Egipto, etc., etc., y que son fieles páginas históricas que acusan elocuentes narraciones, yacen también en el solar bascongado, no monumentos de arquitectura grandiosa y colosal, sino modestos palacios que el movimiento y la agitación modernas van destruyendo á pasos agigantados con sus líneas ferroviarias que todo lo borran por cuantos sitios pasan, echando por tierra cuanto á su paso se opone, por arqueológico ó memorable que sea.

Pero aún figuran todavía en pié, á guisa de viejos enfermos que se tambalean bajo el mortal influjo del tiempo, algunas casas solariegas, en donde vieron la luz de la vida generaciones de ilustres estirpes, y las cuales son hoy habitadas por humildes labriegos; ora al pie de ingente montaña, ora rodeadas de añosos robles ó de corpulentos chopos, algunas construidas de recia sillería, véñse de esta manera las casas de nuestras distinguidas y antiguas familias euskaras; pero no así como en los países citados, en cuyas edificaciones nótese la despótica soberbia de una potencia tirana, que bajo su yugo oprimía á sus esclavos, no; en las moradas de aquellas antiguas gentes de Basconia descúbrese la fidelidad á la verdadera democracia. Sencillas construcciones, conforme al carácter de sus habitantes, y en cuyas